

la y *Vuelta del peregrino*, en 1976, año en que Gerardo cumplió sus ochenta y se hallaba todavía con plena lucidez mental, quiso que se reunieran ambos libros en un volumen porque así lo tenía previsto⁵. En las antologías que seleccionó el autor separaba esos dos títulos unidos sólo por una urgencia editorial que puede considerarse casual.

Echamos en falta en esta edición de poesías completas, que no lo son tanto, el libro de versiones poéticas *Tántalo*, publicado por Ágora en 1960. Es cierto que no son poemas de Gerardo, sino traducidos por él, pero también es un dato cierto que él mismo los seleccionó en sus propias antologías, como suyos.

Además, en esa parte final del segundo tomo en la que recogió los poemas sin libro o desgajados de él, hay una sección titulada «Versiones poéticas»; en ella, una nota advierte que podrían pasar a *Tántalo* si hubieran de ser un libro.

(Entre paréntesis: poseo las pruebas de imprenta de *Tántalo* con tachaduras del censor franquista, así como el expediente de la Dirección General de Información que ordena la supresión de lo tachado. Me los dio Gerardo una tarde en que hablamos de sus relaciones con el régimen dictatorial. Y como él no relató esas vicisitudes más que en privado, no sé si será lícito contarlas).

Por el contrario, se considera un libro incluíble *Romances*, y en la bibliografía se le denomina básico, pese a ser una antología de sus poemas con esa métrica (1941). Por eso, no se da más que un poema de él, «Hallazgo del aire», porque todos los demás se encuentran en sus lugares respectivos.

Este poema está muy relacionado con lo apuntado en el paréntesis anterior respecto a las relaciones de Gerardo con la Dictadura, asunto sobre el que conviene decir algo ahora, cuando ya todo forma parte de la historia reciente de España.

La poesía política

«Hallazgo del aire» fue en su primera versión un canto a los aviadores nazis que destruyeron Guernica. Indignó tanto a su condiscípulo y amigo Juan Larrea que le

escribió una carta acusadora de complicidad con los asesinos, anunciándole que rompía todo vínculo amistoso con él. Además, publicó un artículo, titulado «Como un solo poeta», en el que le acusa de ser el Judas del grupo del 27, por haber traicionado a la poesía, a sus compañeros y a su patria al cantar «a la aviación criminal que lacera la carne viva del pueblo de España».

En aquellos años en que las jerarquías eclesiásticas españolas y vaticanas bendecían a los militares sublevados, Gerardo hizo una simbiosis politicorreligiosa que le permitió después, pasada la exaltación fascista, convertir ese poema en una oración que integró en *Versos divinos*.

Se mutila en esta edición de Aguilar el soneto «Preguntas», que había aparecido en la *Ofrenda lírica a José Luis de Arrese en el IV año de su mandato*, y que en *La rama* pierde todo su carácter político. Igualmente, la «Elegía heroica del Alcázar», incorporada a *La luna en el desierto*, transforma la penúltima estrofa para dejar de ser una loa exaltada del dictador.

No figuran en esta edición de poesías casi completas el soneto a José Antonio Primo de Rivera y el himno a los voluntarios de la División Azul en su marcha al frente soviético para combatir bajo las banderas nazis. Sí se encuentra «Soy de Oviedo (Torre de la catedral)», título inocuo que oculta una proclama fascista, engarzado en su libro *Hasta siempre*.

¿Qué sentido tiene, a estas alturas de la historia, disfrazar la ideología política de Gerardo? En las conversaciones que mantuve con él, a lo largo de unos treinta años, nunca le oí renegar de ella o lamentarse de haber escrito esos poemas. Y no cambió de bando, o de chaqueta, como suele decirse.

Algunas correcciones

La edición ha sido prologada y preparada por Francisco Javier Díez de Revenga, sobre los textos ya

⁵ Gerardo Diego, *Ángeles de Compostela y Vuelta del peregrino, edición, prólogo, notas y comentarios de texto por Arturo del Villar, Madrid. Narcea, col. Bitácora, 1976. No es cierto, pues, que Vuelta del peregrino no tuviera más edición que la de 1966, como se afirma en la p. 475 del t. II de esta Poesía.*

ordenados por el propio poeta en los últimos años de su vida, cuando su memoria desgraciadamente se fue hundiendo en las tinieblas hasta perderse del todo.

Hay bastantes inexactitudes, que convendrá corregir en una segunda edición. Veamos algunas. Se dice que el primer libro editado por Gerardo Diego, *El romancero de la novia*, fue impreso en Santander, y se dice precisamente en la bibliografía, por lo que este error lo hemos de ver repetido muchas veces. Y es error porque se compuso en el Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, sito en el Pasaje de Valdecilla, 2, en Madrid.

Contó Gerardo que le llevó a esa imprenta León Felipe, y con un resto de papel de sus *Versos y oraciones de caminante* se hizo la tirada de cien ejemplares numerados del poemario suyo⁶.

Por cierto: el preparador afirma que Gerardo fue compañero de estudios de León Felipe en el parvulario santederino de Quintín Zubizarreta. Pero el poeta zamorano sólo estuvo allí en el curso de 1893, esto es, tres años antes de que naciera Gerardo. Es sabido, o debiera saberlo, que entre el nacimiento de uno y otro transcurrieron doce años, por lo que no podían ser compañeros de estudios en ningún centro.

Tampoco es verdad que conociera a Vicente Huidobro en Madrid en 1918. No se encontraron hasta diciembre de 1921, según ha relatado muy claramente Gerardo en varias ocasiones; entre ellas, en «Poesía y creacionismo de Vicente Huidobro», texto recogido en su libro *Crítica y poesía* (1984; pero el artículo data de 1968).

Por si fuera poco, en la edición de *Cartas* de Larrea (1986) es posible perseguir numerosos datos en torno a las opiniones, lecturas y encuentros de los entonces amigos íntimos y el chileno residente en Francia, que tanto influyó en sus poéticas⁷.

Como quiera que el único número de la revista *Reflector* apareció en diciembre de 1920, es imposible que Gerardo colaborase en ella en 1919, pese a afirmarse así en la «Cronología». También se asegura que *Versos humanos* lo editó Renacimiento, pero no hacía más que venderlo. Y la edición de 1931 del *Viacrucis* no la hizo Ágora en Madrid, como se señala en la por-

tadilla, sino el poeta en Santander, ya que la edición de Ágora es de 1956.

No seguimos con esta cuestión. Es una lástima que Gerardo Diego emprendiera la ordenación de sus poesías completas cuando ya su cabeza empezaba a padecer lagunas. Claro está que si no encontró antes un editor, no tenía prisa por ponerse a una tarea verdaderamente complicada por las ordenaciones y desordenaciones de sus libros a lo largo de toda su vida. El preparador tiene menos disculpa.

Las dificultades que ofrece esta edición no se parecen nada a las que se encuentran a la hora de editar a Juan Ramón Jiménez, traído aquí no sólo por dificultar el trabajo a sus estudiosos, sino porque Gerardo Diego reconoció siempre la deuda poética que tenía contraída con él. En el caso de Juan Ramón los problemas derivan de las revisiones a que sometía a toda su escritura. En el de Diego, al hecho de publicar libros con poemas recogidos casi por casualidad, y pretender más tarde ubicarlos en su sitio lógico.

Gerardo corregía sus escritos, como suele hacer todo escritor responsable. Sin embargo, no introducía cambios importantes por regla general. En su bibliografía se encuentran dos folletos, *Variación* y *Variación 2*, que presentan versiones distintas de un poema. No era lo habitual en su escritura.

Por cierto que Diego daba la fecha de 1954 para el folleto *Variación*, que no la tiene impresa. Pero he encontrado una crítica a esa edición publicada en 1952, por lo que parece que deberá adelantarse la fecha, aunque de momento me limito a señalar el dato, en espera de alguna otra confirmación.

El lugar de Gerardo

Y bien, ahora que ya contamos con una edición de las poesías completas de Gerardo Diego, de unas tres mil páginas, ¿qué pensamos del poeta? Pues exacta-

⁶ Cf. Gerardo Diego, «Prólogo» a la Obra poética escogida de León Felipe, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, p. 46.

⁷ Cf. Juan Larrea, *Cartas a Gerardo Diego, 1916-1980*, ed. de Enrique Cordero y Juan Manuel Díez de Guereñu, San Sebastián, Mundaiz, 1986.

mente lo mismo que antes de conocer esta recopilación. Escribió algunas piezas magistrales, tanto en su faceta creacionista como en la tradicional, en la azotea y en la bodega, como él decía. Y las demás no añaden nada a su prestigio.

La poesía creacionista, compuesta según la fórmula programática de Vicente Huidobro, pero con personalidad propia, demuestra que es uno de los más interesantes adictos a la vanguardia europea. Las imágenes múltiples asombran al lector, pero siempre dentro de la racionalidad. Su papel en la vanguardia española como poeta, como teórico y como difusor del grupo del 27 es primordial. Sus revistas *Carmen* y *Lola* y sus dos antologías de *Poesía española* demuestran su acierto al seleccionar los colaboradores.

En cuanto a la poesía de tipo tradicional, cuenta con sonetos, romances y canciones que no sólo figuran por derecho propio en las antologías poéticas de nuestro siglo, sino que todos los lectores conocen de memoria muchas piezas. Relató Dámaso Alonso, como él sabía hacerlo, que durante una conferencia en tierras ultramarinas, uno de sus oyentes recitaba al mismo tiempo que él los versos de Gerardo, sin tener ningún papel delante.

Lo demás es literatura, como diría Verlaine, pero de menor interés para los lectores sencillos y para los críticos. Aunque no se hubiera impreso no variaría en absoluto la estimación del autor entre las gentes. Lo que importa es la calidad, y no la cantidad. Desde luego, si toda la cantidad posee la misma calidad, mejor. Sin embargo, no es fácil que suceda así. Y entonces se plantea la conveniencia de publicar todo lo que se escribe. Pero el criterio del autor ha de prevalecer, como es lógico.

«Qué raro es ser poeta», se lee en *Amazona*. Cuando se confía en ser poeta, aunque la sorpresa sea continua, si se está en gracia se componen buenos poemas. Y su lectura puede hacerles la vida más grata a los demás. Si es cierto, como quería Goethe, que toda poesía es de circunstancias, la vida del poeta está en una edición como ésta para siempre.

Arturo del Villar

La narrativa mayor de Antonio Hernández

El poeta, novelista, crítico y antólogo Antonio Hernández (Arcos de la Frontera, 1943) ha publicado hasta la fecha siete libros de narrativa, de los cuales cabe calificar de *nouvelles* dos de los mismos: *El Betis, la marcha verde* (Almarabú, Madrid, 1987, y Anaya, 1992) y *Goleada* (Mondadori, 1988), así como de colección de relatos un tercero, titulado *El nombre de las cosas* (Grupo Libro 88, Madrid, 1992).

Este trabajo se ocupa de los cuatro restantes, por constituirse en sus novelas mayores. Son ellas: *Nana para dormir francesas* (1988), *Volverá a reír la primavera* (1989), *Sangrefría* (1994) y *La leyenda de Géminis* (1994).

Pasamos a comentarlas, con algún pormenor.

Nana para dormir francesas

Con título tan sugestivo inicia Antonio Hernández su ciclo de novelas mayores. *Nana para dormir francesas** descubre de entrada las que van a ser sus continuas: un fuerte componente autobiográfico, fundado en la anécdota secuencial, un lenguaje deslumbrante, tensado de dinamismo interno, y un sentido de la vida basado en la provisionalidad de las pasiones; se añade a esto la

* Ed. Mondadori, 1988.